

**El “yo” fragmentado y
fantasías nacionales de la
postdictadura argentina:
la narrativa
testimonial en
*En estado de
memoria*
de Tununa Mercado**

ALEXIS HERNANDO CUBAS

Para Jacques Rancière el “giro ético” significa el abandono de la política de emancipación para una ética humanitaria obsesionada con el horror del pasado y con prevenir el desastre

(2011: 158). Esto supone que los horizontes utópicos y los grandes discursos políticos del siglo XX han fracasado en cumplir la promesa de la modernidad o en llevar a cabo la revolución. Desde esta visión, estos intentos conllevaron a

grandes desastres humanitarios y a la exacerbación de la violencia. Por ello, la historia ya no debe proyectarse hacia el futuro ni continuar con estas transformaciones. Más bien, lo que pretende el “giro ético” es dirigir la mirada permanentemente hacia

el pasado traumático y, a partir del exceso de recuerdo, “detener” la dialéctica histórica anunciada por Marx. En parte, tal viraje se ha manifestado en el contexto latinoamericano de justicia transicional desde la producción artístico-cultural. En contraposición, Marianne Hirsch considera que “el mirar el pasado” no es necesariamente sinónimo de estancamiento o despolitización. Por el contrario, siempre que se evite caer en una dimensión paranoica y exista una aproximación reparativa, los trabajos de memoria están en la posibilidad de compensar y fomentar el activismo político-cultural (2012b: 5). Uno de los objetos que destaca en esta perspectiva es la literatura testimonial. Dentro de este marco, se sitúa la novela *En estado de memoria* (1990) de Tununa Mercado.

En estado de memoria es la primera novela de la escritora argentina Nilda Mercado, más conocida como “Tununa”. La obra tiene como argumento principal su regreso a la Argentina luego de su exilio en México en dos ocasiones durante el peronismo. Jorgelina Corbatta señala que Tununa “reúne una serie de textos cortos, dieciséis como los años de exilio, en los que se recupera el recuerdo de seres, actos, sensaciones y sentimientos experimentados en su mayor parte fuera de la Argentina” (2004: 111). En efecto, los recuerdos de la niñez y juventud salen a flote a lo largo del libro para relatar las muertes y desapariciones de personas cercanas a la autora. Como consecuencia de los fallidos intentos por adaptarse al nuevo contexto mexicano, Tununa narra las

dificultades para superar el trauma producto de la violencia peronista. De este modo, llevar sus memorias a la ficción supone un intento por restituir el sentido de su fragmentada historia personal a fin de reincorporarse a la sociedad bonaerense. Sin embargo, la conclusión del trabajo de duelo es ambigua y la protagonista persiste con su malestar, aun-

interior de la realidad representada” (Bermúdez-Gallegos 2002: 94). En este caso, al quebrarse la fantasía de una nación argentina orgánica, se revela lo real singular y persistente del trauma. La novela logra dicho develamiento a través de un correlato entre la imposibilidad de sanar por medio de la psiquiatría ortodoxa e impersonal, y una crítica al nacionalismo argentino que habría in-visibilizado y “mal-tratado” las escisiones de la postdictadura.

En el presente estudio, para argumentar lo señalado, revisaremos los capítulos “La enfermedad” y “El frío que no llega”, donde la autora utiliza las analogías paciente-pueblo argentino y psiquiatría-nacionalismo, así como su relación frustrada. Asimismo, a través del capítulo “El muro” veremos cómo al final de la novela acontece un movimiento que se aleja de la rememoración paranoica hacia la posibilidad de una dimensión de memoria reparativa.

1. EL “YO” FRAGMENTADO: PSIQUIATRÍA Y ESTADO

El primer capítulo, “La enfermedad”, del libro de Tununa Mercado relata una visita de rutina al psiquiatra que es interrumpida por Cindal, un paciente fuera de sí. Cindal suplica atención, pues “en alguna parte de su cuerpo se abrían úlceras sin remisión ni piedad” (2008: 11). No obstante, el doctor se niega a recibirlo y descrea de su condición. Cindal finalmente se suicida tras no encontrar cura a sus males. De esta breve historia, se revela como hay algo de la psique y del cuerpo que



Tununa Mercado. Foto: Fondo Nacional de las Artes de Argentina.

que sin renunciar a la pluma como medio de expresión de aquello que la aqueja.

La narración íntima del sujeto exiliado da cuenta de la experiencia del “yo” fragmentado a consecuencia de la violencia política y el desarraigo. Esta “fragmentación discursiva tiene su razón de ser en el

médicamente no puede ser interpretado o tratado adecuadamente. En consecuencia, el mal es dejado de lado por el doctor. A mi juicio, esta degradada relación entre paciente y psiquiatra encuentra su correlato en la relación ciudadano y Estado. Según describe Tununa, “uno está tan desvalido en manos de los psiquiatras que no puede ni siquiera discutir lo que le imponen” (2008: 12). Esto ocurre de forma similar con la ley y el sistema burocrático impuesto por el Estado. El objetivo de las leyes es enderezar las conductas de los ciudadanos, así como la psiquiatría con los pacientes. No obstante, ninguna de las dos instancias parecer atender la particularidad de los individuos. Como resultado, esta “forma” o “método” de sanación fracasa por no prestar realmente atención a la voz del paciente-ciudadano.

En la novela, cuando algo o alguien no encaja en el sistema, se opta por ser cínico y olvidarlo a su suerte: “Se le dejó morir porque su demanda no podía ser colmada, y porque reclamos de ese tipo no hacen más que oscurecer la vida de los demás y socavar la plenitud a la que todos tienen derecho” (Mercado 2008: 14). Es decir, si es muy difícil volver a incorporarlo a la comunidad ética, es mejor exiliarlo material y/o simbólicamente. Esto revela un gran problema de las naciones totalitarias del siglo XX como es el caso de la dictadura argentina: la pretensión de realizar una unidad autónoma coherente y sin fracturas. La comparativa que establece la novela con la psiquiatría resulta eficiente, puesto que evidencia dicho problema al conectar la noción de un cuerpo humano con la de un cuerpo social. Si hay un mal dentro del cuerpo social que no puede ser atendido, se le expulsa del cuerpo con tal de poder sostener la estructura del sistema y sus métodos. Tal sería el mismo mecanismo que se presenta

cuando lo real o lo inconsciente está expuesto, y el consciente absoluto, frente a ese exceso excremental, opta por “[. . .] el apresurado intento por librarse del desagradable exceso lo antes posible; la visión pragmática del exceso como un objeto que debe ser desechado en forma apropiada” (Žižek 1991: 13). No obstante, tal actitud que obedece a una pretendida integración y universalismo no termina de borrar la otredad y el poder (Hirsch 2012a: 71). Dichas manifestaciones de la alteridad de la víctima y su descentramiento por causa de las asimetrías sociales y estatales se mantienen latentes. Esto queda expuesto con la persistencia de los males médicos de Tununa incluso después de terminado el período dictatorial. En el trabajo de Bermúdez-Gallegos sobre *The Little school* de Alicia Partnoy, se señala que “el gobierno militar pretendió silenciar a través de la violencia, la censura y las tácticas patrioterías del ‘olvido’ [...]. En medio de esta coyuntura, cualquier tipo de disidencia era condenada como el ‘cáncer’ que corroía el país y por lo tanto las desapariciones, a la orden del día, eran percibidas como la medicina necesaria para que reinara la paz” (2002: 93). De forma similar, en *En estado de memoria* es representado tal imaginario del cuerpo de la nación como un ente somático y orgánico cuya salud se debe garantizar curando o extirpando el mal. El problema es que, desde la óptica totalitaria, el mal sería aquellos individuos “amenazadores”, incapaces de reinsertarse o existir con normalidad en la comunidad. Estas víctimas son vistas como agentes patógenos.

Hay un proceso tenso de duelo que no permite que el testimonio aflore para liberar y re-agenciar a la víctima. Cuenta Tununa: “Fracasaba una vez más mi intención de ofrecerme una cura analítica profunda, individual, a la que miles de

argentinas y argentinos han tenido derecho a lo largo de los últimos años” (2008: 19). En este punto, se hace explícito el vínculo entre el trauma personal y su relación con los sucesos de la dictadura argentina, cuyo efecto se hace sentir de forma similar a nivel social. Como señala Badiou: “Toda absolutización de la potencia de una verdad organiza un Mal. No solamente este Mal es destrucción en la situación [...] sino que, finalmente, también es interrupción del proceso de verdad en cuyo nombre se efectúa” (2004: 155). Sucede que, a causa de la dictadura y del discurso fanático nacionalista, la “identidad” argentina, en vez de consolidarse unitariamente como se pretendía, termina fragmentada y con miles de exiliados. Esto pone de manifiesto la necesidad de reparar a los afectados. Sin embargo, así como la psiquiatría, el Estado también fracasará en esta tarea.

El Estado totalitario, en vez de atender y comprender las necesidades de los pacientes, entorpecía el tratamiento. A los llegados del exilio se les repetía que los síntomas eran normales, que las pérdidas solo les habían dejado “deprimidos” (Mercado 2008: 23). No es de extrañar la ausencia de una cura ante la falta de un buen diagnóstico de la enfermedad. Como señala Lohmüller, existe “la importancia del reconocimiento público de los crímenes cometidos durante la dictadura militar como precondition del proceso terapéutico. Sin este reconocimiento de la realidad de las violaciones, la condición traumática persiste también en situaciones supuestamente post-dictatoriales” (2011: 35). La consecuencia de esta negligencia es una deriva en la cual el Estado y los individuos están condenados a no seguir avanzando (2011: 24). En efecto, al estar el cuerpo social vinculado al individual, la destrucción del cuerpo social también descompone el cuerpo

individual: “Yo sentí que mi salud se desmoronaba. Los espasmos de la gastritis, que aparecieron más tarde con nitidez [...]” (Mercado 2008: 21). Esta repetición constante despolitiza al sujeto y aumenta la dificultad para que una palabra testimonial agenciada pueda aflorar como primer paso para la recuperación. Por lo anterior, la dictadura y el terror que persisten serían “el Mal radical cuya imitación o repetición debe ser impedida a cualquier precio” (Badiou 2004: 138).

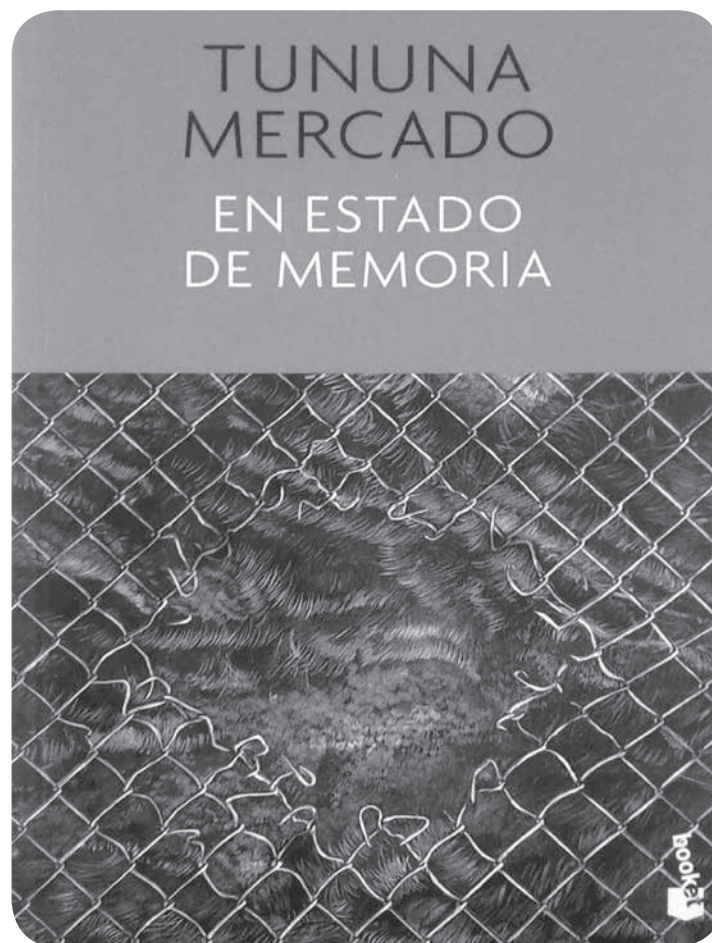
2. LA FANTASÍA NACIONAL EN EL EXILIO

En el segundo capítulo de *En estado de memoria*, “El frío que no llega”, se desarrolla con mayor profundidad el tema del desarraigo y los intentos del exiliado por sobrevivir al descentramiento en el extranjero. Se caracteriza el tiempo del exilio como una miscelánea de actores envueltos en el sufrimiento y signados por la melancolía. Este tiempo de exilio no es un paréntesis aparte, es un tiempo de largo trazo que acompaña al sujeto. Tununa desmiente y critica el mito del exiliado que “se la pasó bien” (2008: 33). El trauma no necesariamente se genera por la vivencia directa de la violencia, sino también desde la distancia. Las noticias de la guerra y la muerte llegan una y otra vez como fantasmas para revivir el terror. A partir de esto se puede entender cómo se percibe el tiempo de exilio como un tiempo sin tiempo, donde la repetición no

permite avanzar y salir del estado traumático. Este “purgatorio” se relaciona con el tema nacionalista: “La Argentina, ese país poca madre que nos había expulsado y sobre cuya situación se hablaba sin parar [...] llenando, por así decir, con la materia argentina todo hueco de la realidad, saturando con la pasta argentina todos los

Žižek explica la existencia de una imperante necesidad de erigir mitos que desplacen las fracturas del yo o del colectivo y lo sostengan: “La fantasía es la forma primordial de narrativa, que sirve para ocultar algún estancamiento original” (1991: 20). Así como la pasta de arcilla se emplea para tapar las grietas de las paredes, en el contexto, la “pasta argentina” sería el discurso nacionalista que trata de imponer un esquema determinado de Estado-nación. La narrativa es la pasta con la que se pretende justificar o aminorar la profundidad de las grietas, lo que implica perseguir a todos aquellos que no encajan con ese proyecto. Dicha narrativa nacionalista operaría en los términos de la “fantasía”. Ahora bien, como indica Žižek: “La relación entre la fantasía y el horror de lo Real que oculta es mucho más ambigua de lo que pudiera parecer: la fantasía oculta este horror, pero al mismo tiempo crea aquello [que] pretende ocultar, el punto de referencia ‘reprimido’” (1991: 15). Precisamente, tras esta “pasta argentina”, quedan y se reproducen nuevas grietas profundas: más crímenes sin resolver, injusticias, terror, miedo, etcétera. En definitiva, esta pasta-fantasía es “sustancia que no producía placer” (Mercado 2008: 32): en vez de servir a los grandes proyectos, terminó por reducir a los ciudadanos a víctimas, perseguidos o desterrados.

Tununa explora el fracaso de la “pasta argentina” al narrar cómo el típico orgullo nacionalista o patriota del argentino se ve mermado en el



Portada de *En estado de memoria* de Tununa Mercado.

agujeros, atiborrando el cuerpo y el alma con esa sustancia que no producía placer” (Mercado 2008: 32). Esta mala madre, en vez de brindar protección a sus hijos, es la causa del padecer de los que se fueron y de los que se quedaron. Dicha perspectiva permite reforzar la conexión de traumas individuales con los de carácter social. Pero ¿de qué manera ocurre esto? Con la denominada “pasta argentina”.

destierro en México. Para los argentinos adaptarse al nuevo contexto fue una odisea. Según describe, el típico argentino prepotente, mandón y subido de humos es incapaz de lidiar con la indiferencia y mínima atención que los mexicanos les prestan (2008: 34). Sobre este punto, se forma un nuevo nudo respecto del problema del discurso nacionalista: la orgullosa y pedante narrativa argentina no es exclusiva de la dictadura, es también cultural. En ese sentido, esta “pasta argentina” y las estructuras de violencia se sitúan desde las bases de la sociedad misma. Tununa presenta esta dinámica como un elemento particularmente argentino. Esto se deduce al no darse una crítica similar a la contraparte mexicana, que también es muy patriota. De hecho, en la dicotomía argentinos-mexicanos, se elogia las fórmulas corteses y de desprendimiento de los mexicanos y que los argentinos son incapaces de comprender: “Este desprendimiento nunca era entendido [...] quedando el argentino mal parado y demostrando su incapacidad para oír a sus diferentes” (2008: 36). Si la gente misma es incapaz de escuchar con empatía a los diferentes, menos lo hará la dictadura. La “pasta argentina” es el nacionalismo que trata de llenar las fracturas del país, pero esta pasta es literalmente una pasta. La identidad cultivada a partir del nacionalismo orgulloso es muy frágil y esto se comprueba con las grietas profundas que salen a flote por medio de las víctimas.

Además de esa “pasta”, existe el gran muro que obstaculiza nuevos caminos por donde podría avanzar la sociedad argentina hacia su reestructuración y superación de los horrores de la violencia. Tras haberse expuesto a lo largo de la novela las diferentes condiciones del trauma y las relaciones entre individuo-sociedad-Estado, acontece un movimiento que se aleja de la rememoración paranoica hacia

una dimensión de memoria reparativa. El último capítulo, “El muro”, aborda dicha posibilidad.

3. LA MEMORIA REPARATIVA EN LA NARRATIVA TESTIMONIAL

La parte final de la novela comienza con Tununa que observa un obstáculo imponente e imposible de corroer: “el muro”. “El gris de ese muro [...] persiste, no se deja encandilar por los rayos de la luz y sus tonos torvos y secos tienen mucho más que ver con mi estado de ánimo que el incendio de enero” (2008: 214). Hay una comparativa importante. El incendio de enero no solo refiere al verano argentino, sino al calor de la violencia de la dictadura. Además, los tonos torvos y secos son lo gris que queda después de la violencia, la postviolencia. Ese período de trauma posterior es lo que mejor da cuenta de la experiencia de Tununa. Frente a los efectos de la postviolencia, su cuerpo está abatido y estático sin saber hacia dónde dirigir sus esfuerzos. El muro es entonces la materialización de lo indecible del trauma que: “Siendo irrepresentable en sí, la Cosa solo puede ser representada como ‘Otra Cosa’” (Recalcati 2006: 14-15), y el cuerpo frágil está en el punto medio entre aquello indecible y la realidad.

La experiencia con el muro es una especie del sinsaber: “Cuando acepto la mudez de esa superficie que me niega su historia y acalla toda anécdota [...] no hay interpretación en el desierto y el sol devora y deglute, sólo él procesa los accidentes del plano vertical y horizontal” (Mercado 2008: 216). En la experiencia del trauma y del exilio, hay saberes que no son saberes, es decir, que no tienen una articulación a través de la palabra ni poseen algún tipo de estructuración. Aun aceptando que la tuvieron, el trauma se niega a hablar de sí. Lo

imponente del muro está en no querer dejar que las ranuras o agujeros hablen. Sin embargo, en él se registran las marcas del devenir. Frente a este muro imposible de escalar, “había que buscar entonces los modos de salir por laterales subterráneas” (Mercado 2008: 218-219). No siempre funciona luchar frontalmente contra el trauma del exilio. Según Tununa, no se trata de derribarlo de un golpe rápido y violento, sino de encontrar otras formas singulares de avanzar. Para atender aquellos estragos de la violencia se necesita una memoria con una aproximación más “humana” y “encarnada”. Por ejemplo, tras recorrer el café La Paz, un lugar donde ocurrió una gran cacería de personas durante los sesenta, ella cae en la cuenta que “no haber tenido nunca un apego histórico o ideológico por esa calle me permitía una adhesión limpia a sus llamados [...] me sobrecogía ver en ella a los ausentes [...] los que no estaban” (Mercado 2008: 220). Su mirada libre de la ideología y de la “pasta argentina” le posibilita sentir mayor empatía con el sentimiento compartido de dolor y pérdida. Dicho episodio revela que hay algo del ser víctima que permite establecer lazos que facilitan el ver la realidad desde la perspectiva del desastre y armarse del valor para atender al llamado de esos fantasmas. Sobre este punto dice: “La memoria no seleccionaba a nadie en particular e incluso permitía una evocación reparadora” (Mercado 2008: 220). Entonces, la memoria ha de inscribirse en lo social y el acto de recordar puede incluso ser reparador.

Hacia el final de su recorrido, Tununa admite su fuga involuntaria por enfrentar el horror del pasado y la acumulación de los síntomas que la aquejaban, como las úlceras y la ceguera. Parte de esta reacción corporal era un “morirse para no ver, recuperar o rememorar” (2008: 222). Tras esto se dispone a luchar contra su mal, aunque con altos y

bajos: el terror del pasado se hace latente y el peso del cúmulo de memorias se sienta sobre ella. Surge, entonces, la intriga de ¿cómo vencer el trauma, sus formas y cómo saltar el muro imponente? La respuesta se encuentra en el muro en sí. De este, dice: “La mudez era absoluta, todo lo que se arrojara rebotaría [...] y entonces el desciframiento cada vez más habría de parecerse a una de las empresas de la locura: la que se erige para insistir sobre la realidad reclamando realidad” (2008: 228).

El sufrimiento es mayor cuando se intenta hacer hablar a ese algo que no puede hablar: el trauma. Por dicha razón, no se trata de hacerlo hablar, sino hablar o escribir sobre este: que las voces no provengan de aquel, sino que las voces puedan decir algo acerca de él. Frente a esto, la escritura testimonial de la que está hecha la novela aparece como una opción viable.

El último párrafo describe los alcances de la escritura: la pluma rasga superficies y hace trazados inciertos. A lo largo de los trazos, “fue creando zonas de reserva, señuelos de referencia a los que podría volver si se perdía” (Mercado 2008: 228). Se describe el trazo y se muestra equivalente al camino del testimonio: “la dilatada página se pobló de núcleos rodeados de zanjas que a su vez era recubiertos por lazadas cada vez más amplias que se iban alejando, sin perder las primeras cápsulas” (2008: 228). Cuando se escribe, hay ciertos puntos sobre los cuales se regresa; los testimonios también funcionan así. En ambos quedan zanjas pero, a su vez, se forman nudos que se extienden como una red sin que

se pierda el registro de los mismos. El testimonio es entonces una red desde la que se comparte puntos en común respecto de la violencia. En ese sentido, resulta útil considerar la estética de la letra estudiada por Recalcati. Según él: “La tercera estética [...] tiene como presupuesto un significante suelto en la cadena, una no-articulación, un absoluto

Con esto, “El muro, sobrecargado de una violenta energía, traspasado y transido por la graffia, expuesto a una intemperie desconocida hasta entonces [...] se fue cayendo, literalmente, sobre la línea recta de su base” (Mercado 2008: 228-229). El muro, el nacionalismo y el discurso hegemónico que contenían las voces de la víctimas se deconstruyen por fin cuando las personas son capaces de testimoniar. Una vez vencido el muro de mudez es posible construir con memoria una nueva sociedad después de la violencia. Como resultado, “la singularidad de la mano destruye lo universal” (Recalcati 2006: 28).

Los testimonios encarnados terminan por socavar las fantasías nacionales para hacer hablar a la verdad del horror.

Mientras que en el muro hay grietas que tratan de hablar, pero son contenidas, en la red las palabras son libres para construir. Propongo pensar este nudo de testimonios en red según lo que Hirsch concibe como “connective histories”, es decir, en una aproximación multidireccional, con múltiples puntos de referencia y diferentes modelos que se mueven más allá del pasado traumático. Así se da lugar a un “connective memory work”, como una forma de generar filiación más allá de las diferencias (2012b: 21). Dicha potencia sería esta nueva fuerza que escapa y no puede ser contenida. El resultado es que el muro cae sobre su propia base. En consecuencia, si las bases del muro son las voces contenidas, cuando estas testimonian, el muro irremediamente cae como “un papel que se desliza vertical en una ranura” (Mercado 2008: 229).



Tununa Mercado en 1993. Un par de años después de haber publicado *En estado de memoria*. Fuente de foto: wikipedia.org

singular excéntrico a la universalidad del significante” (2006: 29). Esto refiere a que hay algo de lo real que escapa y es traspasado por la letra en un exceso que revela un singular frente a lo universal. A partir de la letra, entonces, se abre el espacio para que aflore el yo y, en la propia letra, se imprima algo de su ser.



Represión y dictadura se vivió en la Argentina de los setentas. Fuente de foto: Críticasur.

4. CONCLUSIÓN

Como hemos podido ver, *En estado de memoria* puede ser leída como parte del género testimonial sin que llegue a encajar en el “giro ético” propuesto por Rancière, puesto que este al tener como base una “ética humanitaria”, sostiene que el arte no sirve para alcanzar una emancipación por venir. Más bien, insiste en su función como un medio para dar cuenta de una catástrofe inmemorial e interminable (Rancière 2011: 158).

En efecto, la novela parece posicionarse dentro de los textos literarios que se sitúan en este marco. Esto muestra el desastre peronista que da cuenta del fracaso de las fantasías nacionales y los horrores silenciados. No obstante, el final de la obra invita a considerar una nueva posibilidad de liberación del trauma, especialmente desde el valor del testimonio. Rescato las reflexiones de Hirsch, quien explica cómo el arte y la escritura ofrecen maneras de descubrir y restaurar las experiencias de

vida que, de otra manera, estarían ausentes del archivo histórico. Como una forma de “counter-history”, la memoria ofrece medios para combatir las estructuras de poder que animan al olvido hasta dar lugar a actos de reparación y restitución (2012b: 4). En ese sentido, es importante reconocer el lugar que ocupa el texto de Tununa Mercado y seguir revisando las innovaciones que incorpora al corpus de las narrativas testimoniales postdictadura.



Bibliografía

- Badiou, Alain
2004 *La Ética. Ensayo sobre la conciencia del mal*. Trad. Raúl J. Cerdeiras. México D. F.: Herder.
- Bermúdez-Gallegos, Marta
2002 *Decir no al olvido: La construcción de la Memoria en América Latina*. Lima: Ediciones El Santo Oficio.
- Corbatta, Jorgelina
2004 “Formas del exilio y la memoria en dos textos de Tununa Mercado”, en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. España, Newark, Vol. 4., pp. 111-116.
- Hirsch, Marianne
2012a *Family frames: photography, narrative, and postmemory*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
2012b *The Generation of postmemory: writing and visual culture after the Holocaust*. New York: Columbia University Press.
- Lohmüller, Torben
2011 “Reelaborar teorías psicoanalíticas sobre el totalitarismo”, en *Escribir después de la dictadura: La producción literaria y cultural en las posdictaduras de Europa e Hispanoamérica*. Reinstädler, Janett (editora). Madrid: Iberoamericana, pp. 25-40.
- Mercado, Tununa
2008 *En estado de memoria*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Rancière, Jacques
2011 *El malestar en la estética*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- Recalcati, Massimo
2006 *Las tres estéticas de Lacan*. Buenos Aires: Del Cifrado.
- Žižek, Slavoj
1991 *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI.

